

Es una mujer marchita que camina a pasos de pajarillo y se sobresalta al menor ruido. Su sonrisa es a la vez tan dulce y tan triste que nadie se atreve a mirarla a menudo, por miedo de que vaya a echarse a llorar.

Felizmente, los muchachos son grandes en la actualidad. No hay más que uno, el mayor—Benito—que dé aún preocupaciones a la señora Rosa.

Este—piensa Raquel con admiración—es un verdadero demonio! Es socialista como su padre y también ha estado ya en prisión a causa de sus ideas. Es un hombre que quiere cambiarlo todo, dar trabajo a los pobres y pan a los hambrientos. ¡Como si eso fuera posible! Pero, es también un sabio. Ha sido instructor y luego profesor de francés en Oniglia. Ha viajado por los países extranjeros. No se sabe a ciencia cierta lo que ha hecho por allá. Dice la gente que los suizos y los austriacos lo encarcelaron. Ahora escribe en los periódicos y es Secretario de la Federación Provincial Socialista. ¡Tiene que inquietar a su mamá! La política no es un oficio. Esta es también la opinión de Raquel. Si se atreviera, se lo diría a Benito.

—Raquel—dijo la señora Rosa desde la ventana—vé a buscarme zanahorias a la huerta, para la cena.

—Sí, señora Rosa.

Cuando cumple el encargo, la sirvienta vuel-